

Alejandro Burgos *

Movimiento, inquietud e incertidumbre:

crónica del qué será pandémico

6:30 de la mañana del 13 de marzo de 2020. El despertador del celular retumbaba, superpuesto a las brumas oníricas que invadían mi mente inconsciente. Alborotaba y revolcaba hasta la última entraña y membrana de mi cuerpo. Abrí los ojos, y como de costumbre, pensé. ¿Por qué no mandar todo a la mierda y fundirme en este refugio tan placentero y cálido? Qué placer acobijarse en este terciopelo y dejarse arrullar lentamente por sus sutiles roces y caricias. Me incorporé. Puse el pie derecho en el tapete, que había comprado la semana pasada, precisamente para ese momento del día. Estiré mis brazos, deshaciéndome de cualquier vestigio de cansancio y atadura. El cuarto permanecía oscuro. Únicamente se apreciaba un haz de luz, que se abría paso por medio de las fisuras de la persiana. Realicé unas cuantas posiciones de Yoga y me dispuse a meditar 15 minutos. Suena otra alarma. Voy tarde a la universidad.

Al finalizar la última clase del día el profesor se mostraba inquieto y preocupado. No encontraba las palabras ni las maneras para expresarnos una noticia que cambiaría el (des)orden de nuestras vidas por los siguientes meses. Queridos estudiantes, debido a la rápida transmisión del Coronavirus, esta es, quizás, la última vez que nos veamos durante un buen tiempo. Qué exagerado, pensábamos. No comprendí la gravedad de sus palabras, hasta que me sumergí en el mar de artículos que hablaban de una emergencia de salud pública a nivel internacional, de miles de infectadxs y muertes en China y en Italia y de la implementación de cuarentenas alrededor del globo. Carajo, esto es serio. ¿Qué voy a hacer si acabo de llegar a este país? ¿A dónde voy a correr, a escapar? Estoy a 9.021 kms de distancia de mi hogar, del abrazo de mi mamá, de ese “todo estará bien mijito”. Entré en pánico. Decidí empacar, nuevamente, todas mis pertenencias y tomar el primer tren que saliera hacia un pequeño pueblo a dos horas de distancia, rumbo a la casa de una familiar. Era mi único lugar seguro, no iba a estar solo. Sí, todo bien. Puedes venir, pero te pido que en el tren te coloques doble mascarilla, guantes de látex, te laves las manos constantemente y te embadurnes en gel desinfectante. Dijo ella. ¿En qué pasaje del apocalipsis nos encontramos? ¿Qué escena dantesca es esta?

La estación de tren estaba atiborrada de ceños fruncidos, que caminaban impacientemente con sus maletas y preocupaciones, de lado a lado. Unxs hablaban por celular, levantando la mirada hacia el cielo, intentando comprender, la conversación que mantenían y lo que pasaba a su alrededor. Otrxs miraban insistentemente sus pantallas, leyendo noticias y estadísticas, intentando buscar algo, cualquier cosa que pudiera aliviar su incertidumbre. No

había Valeriana o Clonazepam que calmara ese nerviosismo y esa ansiedad. Una vez en el tren, adquirí comportamientos y patrones de pensamiento altamente obsesivos. No se me acerque señor/a. Es hora de lavarme por quincuagésima vez las manos. ¿Será que me coloco una tercera mascarilla? Cualquier persona estornudando o tosiendo es sinónimo de peligro, no acercarse. Por momentos, perdía mi mirada en el horizonte. Su movimiento y distorsión en el paisaje eran catalizadoras para recorrer trincados escenarios fatalistas y existencialistas. Hasta aquí llegamos. Esto nos va a acabar física y mentalmente. No vamos a salir de esta. ¿Qué será de mi vida? ¿Qué será de la vida de mi familia? ¿Qué será de mis amigos y conocidos? ¿Qué será de la vida? ¿Qué será?

En la siguiente parada me bajo.

* 1995, Colombia. Apenas llegado a Alemania para iniciar sus estudios, se declaró la pandemia.

